

NEWS

El arte de desaparecer

Sobre tablillas que susurran para que hablen los cuadros

26 de junio de 2026, Tobias Engl



A un palmo de un Morandi cuelga una tablilla de obra, apenas mayor que una postal. Todo el día ha susurrado: el nombre, el año, tres frases sobre el gris que el pintor amasaba con polvo y paciencia. Cuando la última visitante abandona la sala y ya solo habla el parqué, ella se retira, hasta que su superficie recoge la luz del atardecer como papel de tina.

Ese es su truco. No brilla contra el cuadro: espera. Si por la mañana alguien se acerca, despierta de su duermevela, lo bastante clara para ser leída, lo bastante atenuada para no deslumbrar el barniz de al lado. Un sensor cuenta los pasos, no los rostros. Quien pasa de largo queda sin contar. Quien se detiene recibe una palabra.

Ante el Morandi hay por la mañana una mujer de Kioto. Toca la tablilla y el texto se reordena... leído de derecha a izquierda para el hombre de al lado, que vino de Beirut; en letra grande para la señora de la lupa. Tres personas, una tablilla, ningún montón de folletos impresos que acaba por la noche en la papelera. Los idiomas cambian, el cuadro sigue siendo lo que es.

Por la tarde, una clase escolar se agolpa ante la obra vecina. Un chico pone el dedo en la superficie de cristal y amplía una pincelada hasta que se hace visible la huella de una sola cerda que el pintor trazó hace cien años. Ríe, bajito, porque en la sala hay que hablar bajo. Luego vuelve a soltar el cuadro.

El marco es fino como el canto de un lápiz, en latón mate que la restauradora eligió ella misma. Ningún cable delata de dónde viene la corriente; en una sala protegida como monumento nadie taladra con gusto. Y cuando la casa apaga su red por la noche, la tablilla no olvida nada. Lleva su saber consigo. La sala no necesita un centro de datos lejano para decir lo que sabe de su cuadro.

Algunas noches la sala se vuelve otra. Una exposición termina, otra comienza, y mientras fuera duerme la ciudad, las tablillas de toda la casa se reescriben. Ningún andamio, ningún encargo de imprenta, ninguna escalera en la escalera. Por la mañana cuelgan los mismos ganchos, pero la pared cuenta otra historia, cambiada en una hora en lugar de en tres días.

Así se ve la discreción cuando se hace técnica. No el gesto ruidoso, sino la media frase bien puesta. ScreenWay es la plataforma para el contenido de la tablilla: que a ella se la pase por alto y al cuadro no. Una pantalla que se pone al servicio de una naturaleza muerta ha entendido para qué existe un museo.

Por la noche, el vigilante cierra la puerta. El gris del Morandi se hunde en el crepúsculo, la tablilla de al lado respira con él. Cuando al día siguiente la primera luz cae por las claraboyas y el primer paso cruza el parqué, ella vuelve a empezar a contar en voz baja. Hasta entonces monta guardia, como un buen objeto expuesto aprende de su vecino: tranquila, fiable, del todo presente.